

LA MUERTE ACECHA EN LA CARRETERA





REALMENTE, un «prohibido beber» resultaría excesivo y más en estos días. Formular una llamada a la comprensión, al sentido común, a la conciencia de la actuación personal, bajo un lema semejante, sería estéril, cuando no ingenuo o torpe. Nadie puede escaparse a la corriente de forzada alegría colectiva que nos envuelve durante estas dos semanas de convencional alborozo. Y nada menos indicado que adoptar un ademán moralizante y gritarle al vecino: «¡No beba usted!» En el mejor de los casos nos topáramos con una sonrisa burlona.

Pero deberíamos decirnos, y decir a los otros, que ese precepto mil veces recitado ante las barras de los bares, «hay que saber beber», unas veces como reproche y otras como fanfarronería, podría circular a manera de consejo o como radical imposición, a lo largo de estos quince días de peligro. Peligro para la vida de decenas, de centenares de personas, víctimas del desenfado con que este o aquel ciudadano se sienta ante el volante de su coche, sin los reflejos a punto y con toda su artificial vitalidad sobre el pedal del acelerador. Es este el drama sabido, que infunde a la sección de «Sucesos» su trágica monotonía.

Es lógico que la sociedad se defienda; pero las medidas punitivas no bastan, como muy bien prueba la experiencia. De ahí la necesidad de invocar la colaboración, el sentido común, la conciencia de los propios actos. Tenemos que saber beber.

He aquí la muestra que hoy tenemos a mano: el drama de la carretera en un país que, como Austria, está a la vanguardia de las técnicas preventivas, con sus depósitos de plasma sanguíneo en todas las estaciones de servicio. Un drama que se expresa fielmente en esa impresionante fotografía recogida en la inspección médica de la policía de Viena. Son los 27 muertos que se han registrado en la capital, en otros tantos accidentes, con un común origen: el alcohol.

